

páginas

PARA LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN



*Resistir
y reinventarse:*

LA TRANSFORMACIÓN DEL PERIODISMO LOCAL EN COLOMBIA

ÁNCORA

EL EXILIO DEL PERIODISMO EN AMÉRICA LATINA

Áncora es sostén y libertad al tiempo.
Es la raíz móvil de quienes han sido obligados a salir de su tierra
pero no renuncian a contar, a seguir contando historias.
Aquí, las voces exiliadas del periodismo latinoamericano
encuentran un lugar para anclarse sin dejar de navegar.
Áncora es una señal para aferrarse a la palabra,
incluso lejos de casa.

Si quieres conocer las historias
de periodistas de América Latina
que resisten en el exilio, o eres un
periodista que está en riesgo de ser
puesto en esta situación, visítanos:
www.periodismoenexilio.com



CONSONANTE

DONDE DUELE

En Colombia, cuidar la
mente también es una forma
de defender el territorio.
**Recorrimos ocho municipios
de seis departamentos del
país, escuchamos a las
comunidades y encuestamos
a 1.297 personas para
entender cómo se vive
y cómo se cuida la salud
mental donde el Estado
no llega.**

Escanea el QR y visita el especial



Síguenos en redes sociales

   @consonante_lab



FUNDACIÓN PARA LA LIBERTAD DE PRENSA (FLIP), 2025
www.flip.org.co

©Licencia Creative Commons



Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

páginas

PARA LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN



11ª EDICIÓN
Octubre 2025
Bogotá D.C.

EN PORTADA:
Resistir y reinventarse
Laura Merchán
@laucmerchan

DIRECTORA EJECUTIVA	Sofía Jaramillo Otoyá
INVESTIGACIÓN Y TEXTOS	Ángela María Agudelo Urrego César Paredes Peña Cristian Mora Jiménez Esteban Sánchez Molina José Alberto Cubillos Juan Diego Cárdenas Juan Pablo Madrid-Malo Sofía Jaramillo Otoyá
INVITADO	Miguel Montes Camacho
EDICIÓN	César Paredes Peña
CORRECCIÓN DE ESTILO	Ángela María Agudelo Urrego María Cristina Hernández Capdevilla
ARTE Y DISEÑO EDITORIAL	Laura Merchán Calderón
ILUSTRACIONES	Zumbambico - @zumbambico Julián Solano - @manch_ao
COLLAGES	Mónica Leguizamón Nonsoque
CREATIVIDAD PUBLICITARIA	Tatiana Vásquez Pérez
GESTIÓN ADMINISTRATIVA	Mireya Luque Triana Michael Alvarado González Daniela Rosero Prieto Carolina Pinto Gómez
IMPRESIÓN	PLG Publicidad y Digital SAS



Luminate

Esta publicación fue posible gracias al apoyo de Reporteros Sin Fronteras y Luminate.
Los contenidos de este material son responsabilidad exclusiva de sus autores
y no necesariamente reflejan los puntos de vista de estas organizaciones.

VERSIÓN DIGITAL



Por Sofía
Jaramillo Otoyá,
directora ejecutiva
de la Fundación
para la Libertad
de Prensa.
FOTO: José
Ramón Cobos.

Dónde se juega hoy la libertad *de expresión*

veces son ellas las que están en el centro de la experiencia cotidiana del derecho a informar y ser informado. Proteger la libertad de expresión implica, por tanto, resguardar este ecosistema en toda su diversidad.

Hace cuarenta años, la Corte Interamericana de Derechos Humanos, en su Opinión Consultiva 5/85, precisó que la libertad de expresión no se reduce al derecho a hablar o escribir, sino que comprende el derecho a usar cualquier medio para difundir ideas y llegar al público. Desde entonces, se entiende que el periodismo no es solo una profesión, sino un vehículo a través del cual ese derecho se ejerce, permite que las voces circulen, la información fluya y se haga efectivo en la vida democrática.

Hoy, ese vehículo ha cambiado de forma. Las funciones esenciales que la Corte ha reconocido de vigilar al poder, facilitar el debate y garantizar el acceso ciudadano a información relevante, ya no descansan exclusivamente en redacciones tradicionales, sino que se reparten entre actores diversos, muchas veces invisibilizados o desprotegidos. En la FLIP, observamos que la protección de la libertad de expresión debe seguir esas funciones allí donde ocurren, no donde solían concentrarse.

En 2025, cuando el país enfrenta nuevas formas de violencia y desinformación, esta reflexión adquiere una urgencia particular. Este número de Páginas ofrece un retrato de ese ecosistema vivo, tenso y desigual. No se limita a contar cuántos medios existen, sino que examina las condiciones que permiten o impiden que el derecho a la información florezca en el país. Muestra cómo, en territorios atravesados por la violencia y la precariedad, el periodismo se reinventa entre el silencio impuesto y la creatividad comunitaria, desafiando las formas visibles e invisibles de censura.

Reconocer este panorama significa ampliar la mirada de protección, para que las políticas públicas, la solidaridad y la atención internacional no se queden únicamente en los medios establecidos, sino que abracen a todo el ecosistema que hoy sostiene la libertad de expresión en Colombia. Ahí, en ese terreno en transformación, es donde realmente se juega hoy la libertad de expresión. ♦

Contenido



Resistir, reinventarse y sobrevivir: una radiografía del periodismo local en Colombia | *pág. 06*

El mapa en cifras del periodismo local | *pág. 15*

Un país de ecos, un país de cercos | *pág. 18*

La silenciosa crisis del periodismo local en Latinoamérica | *pág. 26*

OPINIÓN | ‘Reforestar’ los desiertos de noticias locales | *pág. 27*

Periodismo local a cinco voces | *pág. 28*

Las voces de Buenaventura: periodismo para tender puentes | *pág. 32*

TV San Jorge: televisión comunitaria en el corazón del Catatumbo | *pág. 35*



En muchas redacciones locales de Colombia, el silencio pesa más que las palabras. Los periodistas trabajan bajo la presión de grupos armados, políticos de turno y poderes económicos. La creatividad y la terquedad de quienes insisten en informar se enfrentan a los cercos de la violencia, la precariedad y las brechas de infraestructura. Su supervivencia está en juego. Este informe de la FLIP recorre 34 municipios del país para mostrar esa paradoja: un periodismo que resiste entre la mordaza y la reinvención, que sobrevive en medio de amenazas, pero también florece entre iniciativas comunitarias y digitales que insisten en mantener a sus comunidades informadas. ¿Qué condiciones mínimas deben existir para que el periodismo local prospere y garantice el derecho a la información en las regiones más vulnerables del país?

En Colombia, el periodismo local sobrevive entre la violencia, la precariedad y la presión política, pero también en medio de un fenómeno paradójico: la proliferación de medios comunitarios e iniciativas independientes que, aunque dispersas y frágiles, muestran que donde existen redes sociales y comunitarias comienza a circular información de interés público. Esa coexistencia de silencios impuestos y voces emergentes obliga a replantear la manera en que se analiza el periodismo local. Más que contar cuántos medios existen o no, en este estudio, la FLIP puso el termómetro en las condiciones estructurales que determinan hasta dónde es posible que emerjan o se sostengan medios locales y garanticen el acceso a la información confiable.

“desiertos informativos” —la mitad de los municipios del país— a partir de la ausencia de medios locales. Ese fue un primer diagnóstico, en un momento en el que la penetración de internet y la digitalización todavía no alcanzaban las cifras que hoy transforman el panorama informativo. La aproximación actual a las realidades locales requiere reconocer los esfuerzos por informar de nuevos actores del ecosistema como los *influencers* comunitarios, productores y productoras de contenido empíricos y periodistas ciudadanos que han surgido en los últimos años.

El estudio se centró en 34 municipios intermedios — varios de ellos capitales departamentales— que cumplen un papel estratégico por su ubicación en zonas de frontera, áreas metropolitanas o corredores de relevancia regional. A lo largo del proceso se realizaron 117 entrevistas en profundidad y se aplicaron 164 encuestas a periodistas y

PÁGINAS PARA LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN | 7

trabajadores de medios, para examinar las condiciones del periodismo en cinco dimensiones: seguridad, economía, presiones políticas, infraestructura y salud del ecosistema mediático².

Los hallazgos muestran un periodismo acorralado en múltiples frentes: la inseguridad es uno de los obstáculos más persistentes, la dependencia de la pauta oficial condiciona las agendas e incluso la supervivencia de los medios, y la conectividad es deficiente en la mayoría de los territorios. Y, sin embargo, el periodismo persiste. En lugar de un vacío absoluto, lo que se encuentra es un ecosistema en tensión, donde informar sigue siendo un acto de valentía y tozudez, pero también una demostración de ingenio y creatividad ante muchos factores adversos.

DEL MIEDO AL SILENCIO

La violencia contra la prensa en Colombia se ha intensificado en los últimos años, marcada por la acción de los grupos armados ilegales y bandas locales, que son uno de los principales condicionantes de la libertad de expresión y el trabajo periodístico. En un contexto de reconfiguración del conflicto, de disputas territoriales y crimen transnacional, la situación se ha agravado de manera sostenida en diversos territorios. En otros, la violencia nunca se ha ido. La consecuencia inmediata es la autocensura, descrita por un periodista de larga data en Santander de Quilichao, en el norte del Cauca, como “un periodismo de mordaza, donde todos tenemos temor, todos tenemos miedo... yo quiero ver crecer a mis nietos”.

Los datos confirman esta percepción. En 2024, la FLIP documentó 536 agresiones contra la prensa, entre ellas, tres asesinatos de periodistas, 222 amenazas, 20 desplazamientos forzados y cuatro exilios, lo que hizo de este año el más violento contra la prensa en la última década. En lo que va del 2025, con corte al 25 de septiembre, ya se registran 347 agresiones. Desde el año

2020, diez periodistas han sido asesinados por causas relacionadas con su trabajo. La encuesta que se aplicó en esta investigación muestra que el 24 % de los medios recibió amenazas directas de actores ilegales y otro 41 %, aunque no recibió amenazas, evita ciertos temas por miedo, lo que significa que el 65 % de las y los encuestados trabaja bajo presión o silenciamiento.

La encuesta también confirma la amplitud del repertorio de violencias. Solo el 38 % de los medios afirmó no haber sufrido agresiones en el último año. Entre quienes sí las padecieron, las amenazas directas y la estigmatización encabezan la lista con un 34 % cada una. Les siguen la obstrucción al trabajo periodístico (31 %) y las afectaciones digitales, tanto por ciberataques como por bloqueos arbitrarios en plataformas (23 % cada uno). En menor medida aparecen el acoso judicial (10 %) y el daño a infraestructura (6 %).

Aunque menos frecuentes, las violencias más graves también están presentes: agresiones físicas (4 %), desplazamiento forzado (4 %) y tentativas de homicidio (2 %). De hecho, al cierre de la recolección de datos para esta investigación, [en julio de 2025, el periodista Gustavo Chicangana](#), de *Guaviare Estéreo* y corresponsal de la FLIP en el departamento del Guaviare, sobrevivió a un atentado atribuido al bloque “Jorge Suárez Briceño” de las disidencias de las FARC, al mando de alias “Calarcá”.

Y es que la presencia de actores armados configura la imposición del silencio. Disidencias de las FARC, ELN, Autodefensas Gaitanistas o Clan del Golfo —e incluso carteles mexicanos— se disputan el control. “Estamos conviviendo en medio del conflicto más grande que tiene este país y... aquí no hay seguridad para nadie”, explica Efraín Jiménez, de la emisora *Ecos del Caguán* en San Vicente del Caguán. La

situación se repite a lo largo y ancho del país: un periodismo acostumbrado a la presencia armada evidente o en la sombra que convive con el riesgo y lo entiende como parte de su oficio.

A esta presencia se suma la violencia ejercida por bandas locales que se disputan el control de las economías ilícitas. En Tuluá, estructuras como La Inmaculada, Los Cancerberos y La Oficina intimidan a los periodistas en busca de imponer sus publicaciones o silencios; allí fue asesinado en 2021 el periodista [Marcos Efraín Montalvo](#). En Buenaventura, los Shottas y Espartanos impiden incluso el cubrimiento básico en algunos barrios. “Nunca habíamos estado en la obligación de publicar cosas”, relata un reportero de Tuluá.

Las zonas de frontera añaden más complejidad. En Leticia, Amazonas, la presencia de grupos brasileños como el Primeiro Comando da Capital (PCC) y el Comando Vermelho supone un riesgo constante. En Inírida, Guainía, un periodista recuerda la advertencia recibida tras publicar sobre minería ilegal: “Yo lo felicito, una persona muy seria, muy responsable, pero no se ponga a escribir cosas de minería porque eso no es lo suyo. Con la boca cerradita queda mejor. No escriba tantas babosadas y siga haciendo lo que está haciendo”.

Las debilidades de los mecanismos de protección profundizan aun más la frustración y la sensación de desamparo cuando la presión violenta toca la puerta. “A mí me hicieron el análisis de riesgo por un atentado que me hicieron y no salió prácticamente con nada”, dijo un periodista de El Plato, Magdalena.

Ante este panorama de presión, la autocensura se erige como mecanismo de autoprotección ante las consecuencias que implica hablar o denunciar abiertamente. El silencio no solo se extiende sobre las actividades delincuenciales o de grupos armados, también

ANTE ESTE PANORAMA DE PRESIÓN, LA AUTOCENSURA SE ERIGE COMO MECANISMO DE AUTOPROTECCIÓN ANTE LAS CONSECUENCIAS QUE IMPLICA HABLAR O DENUNCIAR ABIERTAMENTE.

encubre asuntos de política local, sectores económicos, conflictos ambientales, entre otros. “Lo que predomina es la autocensura y eso es lo más grave que le puede pasar, no solo a un periodista, sino también a un medio de comunicación... Te la llevas mejor si te quedas calladito y si bailas al ritmo que te toquen. Las garantías por parte del Estado para ejercer el periodismo de una forma seria, de una forma responsable, con ética y calidad periodística, no están dadas en el territorio”, advirtió Jairo Vélez, de El Carmen de Bolívar.

LA TRAMPA DE LA PAUTA Y LA FRAGILIDAD ECONÓMICA

La crisis económica en el periodismo no es nueva, pero se ha profundizado cada vez más. Los resultados de la encuesta arrojan un panorama crítico: el 75 % de los proyectos respondió que estaba “en desacuerdo” o “totalmente en desacuerdo” con la afirmación “los ingresos percibidos son suficientes para cubrir los costos de operación”. Solamente el 9 % afirmó lo contrario. Las fuentes de financiamiento más comunes son la publicidad comercial (73 %), los recursos propios (62 %) y la pauta oficial (42 %). El resto se sostiene con ventas de productos o servicios (15 %), donaciones (10 %) o suscripciones (1 %).

Esta fragilidad convierte a los medios en presa fácil de los poderes políticos. La publicidad oficial, utilizada para cooptar las agendas editoriales con recursos del Estado, como si se tratara

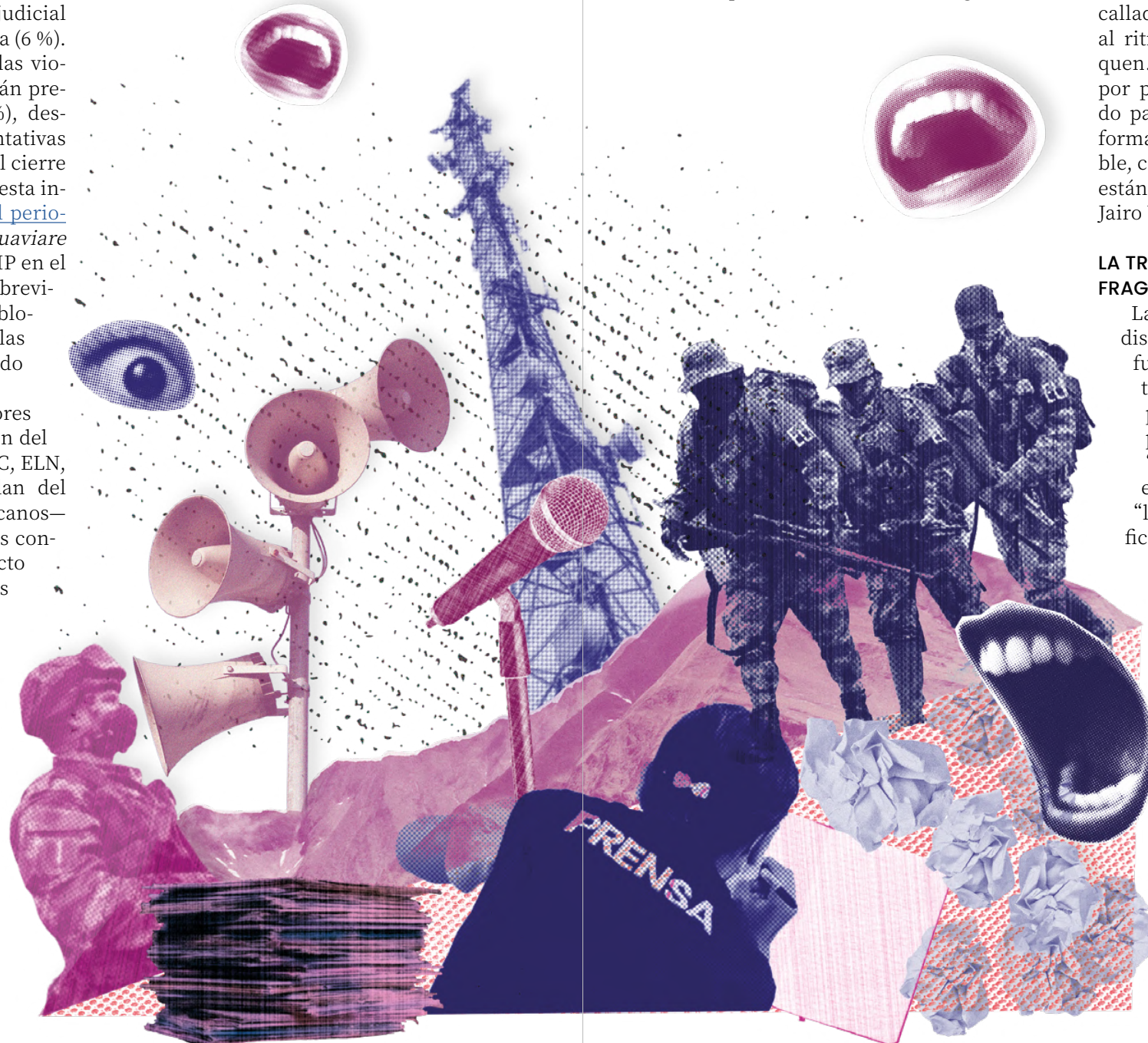
de un subsidio arbitrario, normaliza el silencio y compra lealtades. “Con las entidades públicas es complicado porque cuando tienen una pauta con uno, entonces uno tiene que alinearse a lo que ellos digan. Si publicas algo crítico, amenazan con quitarla”, rela-

ta un periodista de Caldas. Otro, en la Costa Caribe, recuerda que en su municipio “solo tuvieron cabida los que en campaña se identificaron con el alcalde; los demás que éramos la mayoría nos quedamos por fuera”.

Pero el silenciamiento no sólo proviene del sector público. En La Guajira una periodista admite: “yo misma me cuestiono, si

voy a hablar de minería, el único que en este momento está pautando conmigo, de manera digamos fiel, es Cerrejón. Y si yo hablo de minería, puedo herir susceptibilidades y me retiran la poca pauta que me permite mantenerme a flote”. En lugares como Buenaventura y Tuluá (Valle del Cauca), y Granada (Meta), el problema se ha vuelto más complejo: la extorsión de bandas criminales desalienta a los comercios a pautar y con ello la espiral de la precarización aumenta. “Hace ocho días un cliente canceló toda su publicidad porque fue víctima de extorsión y tuvo que cerrar el negocio y abandonar la ciudad”, cuenta un reportero de Buenaventura.

Frente a estas limitaciones, algunos medios exploran la monetización en redes sociales, aunque persista el riesgo de que las plataformas bloqueen sus páginas o perfiles, pierdan años de trabajo y su sustento inmediato. Existen experiencias de diversificación como *TV San Jorge* en Ocaña (Norte de Santander)³, *El Tabloide* (Valle del Cauca) o *El Proclama Pacífico* (Cauca) que muestran que es posible resistir y mantenerse de manera creativa, aunque en un entorno adverso.



2. Puede ver la ficha técnica completa en la página 10.

3. Conozca la historia completa la página 35.

La sostenibilidad económica de los medios locales no puede desligarse de las presiones externas que enfrentan: poderes públicos que condicionan, privados que limitan y actores violentos que intimidan. Encontrar fórmulas de financiamiento independientes no es solo una cuestión de supervivencia empresarial sino también un requisito para garantizar la libertad de expresión en las regiones.

EL DEDAZO O LOS CERCAMIENTOS POLÍTICOS

La relación entre poder político y prensa en los municipios estudiados revela tensiones estructurales que afectan la calidad de la democracia local. La capacidad de cubrir a las autoridades de manera crítica sin temor a retaliaciones está atravesada por contextos donde clanes y redes de poder cooptan lo público y pueden arruinarle la vida a un periodista con rapidez.

En Mitú, un periodista señala que “de cierto modo uno es vulnerable en todo momento. Si yo publiqué algo que al gobernador no le gustó, entro a ser parte de los no deseados de ese grupo político”. En Casanare, Jorge Luis Ospina Macías, de *La Voz de Casanare*, describe la misma dinámica en torno al acceso a la información: “El dirigente, el político, ellos son muy dados a darle información cuando no los comprometen. Pero cuando usted va a denunciar una irregularidad... ya empieza que sí, que no. Entonces, toca acudir al derecho de petición”. De manera que el control político no solo opera mediante la pauta, sino también mediante la restricción selectiva de información pública, lo que condiciona el trabajo periodístico y debilita la rendición de cuentas.

Las presiones políticas se hacen más visibles cuando una publicación crítica incomoda a quienes están en el

poder. En Tuluá, la administración local llegó a señalar públicamente a periodistas como integrantes de la banda criminal La Inmaculada, en un intento de deslegitimar su trabajo y desviar la atención de las denuncias que habían hecho. En Yopal, una periodista relató cómo, tras publicar investigaciones incómodas, funcionarios de la Gobernación promovieron ataques en redes para desacreditarla: “empiezan a dañarle la imagen a uno, diciendo que desinforma, aunque uno tenga todos los soportes del caso”.

La encuesta confirma que los mayores obstáculos para acceder a información oficial son estructurales: 45 % de los medios señala que la falta de recursos o tiempo impide investigar por cuenta propia, 43 % recibe información incompleta y 38 % enfrenta negativas o silencios de las autoridades. En la práctica, esto significa que buena parte del periodismo local depende

de fuentes oficiales que deciden qué y cuándo informar, lo que limita la capacidad de hacer un cubrimiento crítico. “Sucedee algo de interés público y que compete a una entidad y las autoridades guardan total silencio”, denuncia Julián Andrade de *Conexión Putumayo* desde Puerto Asís.

A este panorama se suman otras trabas que refuerzan el cerco informativo: la clasificación arbitraria de información como reservada, la negativa a dar entrevistas, la exclusión de ruedas de prensa y la presión política directa. Muchos funcionarios consideran que responder los llamados de los periodistas es un favor y no una obligación constitucional. En Soacha, por ejemplo, Víctor Franco de *Aires Cazuqueños* explica que muchas veces solo queda recurrir al derecho de petición, “que se demora más de 15 días y muchas veces la respuesta no es favorable”. En síntesis, el poder político no solo condiciona la financiación de los medios, también restringe su acceso a información básica para la rendición de cuentas; prácticas que debilitan la salud del debate público.

UN ECOSISTEMA DISPERSO, PERO VIBRANTE

El ecosistema mediático representado en la muestra evidencia una amplia diversidad de medios, una dispersión de esfuerzos y cambios en los modelos económicos y de distribución de información. En él, los medios tradicionales —radio, televisión y prensa— coexisten con un número creciente de iniciativas digitales. De acuerdo con la encuesta aplicada a 164 proyectos, el 64 % opera en redes sociales, el 33,5 % cuenta con página web y el 25,6 % funciona como emisora. En menor proporción se encuentran la televisión (15,9 %), la prensa impresa (10,4 %) y los podcast (9,8 %). Facebook concentra la mayor presencia en plataformas (95,7 %), seguida de WhatsApp (72,6 %), Instagram (68,3 %), YouTube (49,4 %) y TikTok (40,9 %). Los datos confirman un proceso de platformización que aumenta la oferta, aunque limitado por los altos costos y las brechas de conectividad en zonas rurales.

En este contexto, la radio se mantiene como el formato de mayor alcance y confianza, especialmente en zonas rurales. “La gente todavía escucha radio,

Radiografía mediática a 34 municipios de Colombia.

El 75% de los medios consideran que sus ingresos son insuficientes para cubrir los gastos de operación.



Conoce este oficio que se reinventa con creatividad para mantener informadas a sus comunidades:
desiertosenoticiaslocales.fundaciongabo.org

Ficha técnica	
CAMPO	DESCRIPCIÓN
Título del estudio	Encuesta proyectos periodísticos locales
Objetivo	Recopilar información sobre perfil, programación, infraestructura, financiación, condiciones laborales, agresiones, censura y acceso a la información de proyectos periodísticos.
Diseño metodológico	Encuesta descriptiva mediante formulario estructurado con preguntas de opción múltiple y abiertas.
Periodo de recolección	Febrero a mayo de 2025
Unidad de análisis	Proyectos periodísticos
Muestra	164 respuestas de proyectos periodísticos (algunas preguntas con menor número de respuestas)
Cobertura geográfica	Apartadó, Barrancabermeja, Buenaventura, Calarcá, Carmen de Bolívar, Caucasia, Ciénaga de Oro, Chaparral, Mitú, Puerto Asís, Ocaña, Puerto Carreño, Leticia, San Vicente del Caguán, Duitama, Tumaco, Yopal, Sabanalarga, San Andrés y Providencia, Saravena, La Dorada, Plato, Granada, Maicao, Tuluá, Soacha, Santander de Quilichao, San José del Guaviare, Santa Rosa de Cabal, San Marcos, Condoto, La Paz, Inírida, La Plata.
Variables principales	Tipo y naturaleza del proyecto, presencia digital y seguidores, cobertura, representante, objetivos, programación, contenidos, infraestructura (internet, vías), financiación, condiciones laborales, experiencias con agresiones y censura, acceso y dificultades para la información pública, interferencia política y obstáculos para el desarrollo del proyecto.
Método de recolección	Encuesta digital a través de formulario en línea (Google Forms)
Tipo de muestreo	No probabilístico
Responsable	Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP), con el apoyo de Fundación Gabo
Investigadores	En este estudio participaron: César Paredes, Juan Pablo Madrid-Malo, Esteban Sánchez, Juan Diego Cárdenas, José Cubillos, Laura Romero, Diego Vásquez y Valentina Huérfano

en zonas rurales es clave para ellos. Es una compañía que no pierde vigencia”, dice Laura Alvarado, de *Marandúa Stereo* en San José del Guaviare. En Sabanalarga, Atlántico, Wuily Rodríguez recuerda que la emisora *La Nueva* es “el lugar que tienen para dar a conocer todos sus problemas. El único escape que tienen”. Y en Chaparral, Tolima, Alejandra Rincón subraya el papel de las emisoras de paz en la pedagogía del acuerdo: “el Acuerdo de Paz está en esas mujeres y hombres que creyeron en la paz y lo hacen realidad cada día”.

La estructura de los equipos periodísticos en los municipios analizados evidencia una marcada fragilidad. Aunque hay cierta diversidad en el número de personas vinculadas, predominan las iniciativas muy reducidas: el 12,8 % de los proyectos funciona de manera unipersonal; el 27,4 %, con apenas dos personas; y el 11%, con tres. Incluso aquellos con cuatro (15,9 %) o cinco integrantes (9,1 %) operan en condiciones mínimas frente a las exigencias del oficio. La informalidad atraviesa estas iniciativas: “periodistas, periodistas no hay, son personas empíricas que han aprendido el arte de la locución y el control”, reconoce Eduardo González, de *Noticias Caucasia*. La multifuncionalidad también es una constante: “nadie tiene un rol específico. Todos recogemos cables, todos tiramos cámara, todos hacemos periodismo”, resume Sergio García, productor en el Carmen de Bolívar. A ello se suma la dependencia de las grandes plataformas digitales, que expone a los proyectos a la censura algorítmica o a decisiones corporativas capaces de borrar en un instante contenidos o comunidades de seguidores.

ENTRE EL EMPÍRISMO Y LA SUPERVIVENCIA

El periodismo local en estos municipios opera en estructuras organizacionales marcadas por la escasez de recursos humanos y la sobrecarga funcional. Según las y los encuestados, en sus equipos trabajan cerca de 579 personas, solo 203 son mujeres, lo que equivale al 35 % del total. El 38,4 % de los proyectos reporta dos mujeres en su equipo, y el 14,6 %, ninguna. Esta disparidad no solo refleja una deuda de equidad de género, sino que también limita la diversidad de voces y enfoques en la producción informativa regional.

En este universo laboral, la mayoría trabaja bajo modalidades informales: acuerdos verbales, voluntariado sin remuneración o esquemas de cupos publicitarios, en los que el ingreso depende de la pauta que consigan. Esta dependencia expone a los periodistas a la precariedad y a las presiones editoriales. Como advirtió un periodista en

Santander de Quilichao: “uno se somete a la pauta institucional, y eso significa que no puedes hacer una crítica, así tengas la razón”.

Esta inestabilidad se traduce en salarios bajos y en la necesidad de buscar ingresos paralelos. Hortensia Castro de *El Heraldito* de Urabá contrasta que mientras “aquí un buen periodista está entre 2 millones y 3 millones de pesos. Un periodista de Bogotá no se le viene por menos de 4 millones”. En zonas rurales, la situación es aún más crítica: “al periodista que está en el campo le pagan 300 mil pesos por una nota, arriesgando su vida, con sol, hambre y sed”, refiere Ivón Henao, de *Y Ajá* (Apartadó). No es raro que los comunicadores deban autofinanciar su propio trabajo o buscar ingresos adicionales, como refiere el periodista James Camargo, quien trabaja en *Magazín 7 días*: “aquí el sueldo se lo paga uno mismo.

Si es para el noticiero, entonces le vamos a dar dos, tres puntos. Usted mira a ver cómo los vende”, resume.

La multifuncionalidad no es una elección, sino una imposición de la supervivencia económica: “Soy el hombre orquesta en este negocio: director, editor, diseñador, columnista, vendedor y publicista”, relata Alexander Peña, de *El Sureño* en Chaparral, Tolima. En Tumaco, Carolina Morales recuerda que en su redacción de la radio local de RCN “antes el equipo era nutrido, ahora quedamos dos personas”. Esta dinámica es común en redacciones que carecen de roles diferenciados, lo que incrementa la sobrecarga y limita la calidad del trabajo.

El periodismo empírico sigue siendo la norma, sostenido por la experiencia y la práctica cotidiana, pero al mismo tiempo se percibe una creciente exigencia de profesionalización para responder a los retos actuales. “Yo nunca he pisado una universidad, todo ha sido autodidacta y empírico”, afirma Alexander Peña, de *El Sureño*. Otras voces como la de Emerson Castro, de *La Marandúa*, en Mitú, advierten sobre la necesidad de actualización constante: “uno lo que estudió en comunicación ya ahorita es diferente, uno comienza desde cero a aprender nuevamente”. Y Laura Alvarado, de *Marandúa Stereo*, en San José del Guaviare, cuestiona la irrupción de modelos digitales poco rigurosos: “creen que ser periodista es ser *influencer*, pero escribir una nota con un buen titular es una cosa súper difícil”. La tensión entre la tradición empírica y la demanda de profesionalización define uno de los principales retos del oficio en las regiones.

En cuanto a la cohesión gremial, el escenario está marcado por la fragmentación y la competencia por contratos, lo que alimenta la desconfianza entre colegas. “Aquí todo el mundo

jala para su lado, y eso en ningún momento beneficia a la región”, advierte Eduardo González, de *Noticias Caucasia*. En Apartadó, Sebastián Orozco, de la *Emisora de la Universidad de Antioquia* anota que la competencia deriva en más división “por los mismos contratos pequeños”.

Más allá de estas tensiones, algunos casos excepcionales demuestran que es posible consolidar esfuerzos colectivos. La Asociación de Medios Alternativos de Plato o el canal comunitario *Asucap TV San Jorge* —que combina televisión por cable e internet como fuente de sostenibilidad— son ejemplos de autogestión capaces de fortalecer el periodismo local e impulsar alternativas económicas en contextos adversos.

INMEDIATEZ ANTES QUE PROFUNDIDAD

Las agendas de los medios locales se estructuran en torno a intereses noticiosos de las comunidades, con un fuerte anclaje territorial. Según la encuesta, los principales temas cubiertos son servicios públicos (76,8 %), cultura y deporte (74,4 %), política y economía (70,7 %), judicial y orden público (65,9 %) y medio ambiente (65,2 %). Este enfoque responde a las necesidades del día a día en los municipios, donde los medios se constituyen en un puente entre habitantes e instituciones. Como afirma Wuily Rodríguez, de *Sabana Stereo* en Sabanalarga, “la emisora se vuelve el único lugar que la gente tiene para dar a conocer sus problemas”.

Sin embargo, esta cobertura es frecuentemente superficial, enfocada en la inmediatez y sin investigaciones profundas. Factores políticos, económicos y de seguridad condicionan esta limitación. El 45 % de encuestados señala que el mayor obstáculo para acceder a información de interés público es la falta de recursos o de tiempo para investigar y el 43 % menciona la información incompleta suministrada por las entidades locales. En Maicao, Anaís Suárez lamenta que “aquí no se hace reportería, no van a la fuente, aquí es puro copia y pega en los noticieros”. Una queja similar aparece en un testimonio de un

periodista del Guaviare que reconoce que evita abordar ciertos temas porque “me atemoriza ponerme a publicar algo y nombrar grupos”. La autocensura, alimentada por la precariedad y las amenazas, marca la frontera de lo posible en muchas redacciones, donde la desconfianza institucional y las restricciones selectivas refuerzan un círculo vicioso de silenciamiento.

A pesar de ello, la encuesta revela una intención de apertura a la participación de mujeres (75,6 %), jóvenes y adultos mayores (63,4 %), campesinos (59,1 %), comunidades negras (47 %) e indígenas (41,5 %). No obstante, en la práctica la representación diferencial es marginal: los medios de naturaleza étnica o con producción en lenguas propias son escasos y dependen de la autogestión comunitaria. Traducir y documentar en lenguas originarias fortalece la identidad cultural, pero también expone a quienes ejercer el periodismo a riesgos adicionales, lo que explica por qué estos esfuerzos son excepcionales en el panorama nacional.

Aun así, hay intentos por abrir espacios alternativos o con enfoques que resalten el trabajo comunitario. Merce Seidel, de la emisora de paz (RTVC) de Tumaco, Nariño, relata que su medio busca cambiar la narrativa dominante de la violencia: “nos piden que mostremos cosas culturales, todo lo que pasa en materia cultural, que es lo que más se quiere visibilizar”. Y en Mitú, Vau-pés, Nadezda Novoa explica que colectivos y mujeres recurren a su magazín para hacerse visibles: “encontramos que necesitamos ese espacio para mostrar lo que trabajamos”.

La relación con la audiencia es central. En muchos municipios, los oyentes y lectores no son receptores pasivos, sino participantes activos que canalizan sus denuncias a través de los medios. Y eso ocurre porque el 61 % de los medios dice abrir espacios en redes sociales y el 52,4 % en debates o transmisiones en vivo. Cada vez son más ineludibles los espacios de participación y construcción de la agenda con las propias audiencias. Junior Guerra de *La Paz Cesar Informa* y periodista de RTVC, afirma que “el periodista



MÁS ALLÁ DE ESTAS TENSIONES, ALGUNOS CASOS EXCEPCIONALES DEMUESTRAN QUE ES POSIBLE CONSOLIDAR ESFUERZOS COLECTIVOS.



termina convirtiéndose en el sacerdote del pueblo”, porque es a él a quien confían sus problemas cotidianos. Esta interacción refuerza la idea de que los medios locales son depositarios de confianza social, incluso cuando carecen de recursos para garantizar investigaciones más profundas.

La agenda de los medios comunitarios y locales oscila entre la urgencia de informar lo inmediato y la necesidad de construir narrativas más plurales. Los datos muestran una oportunidad para reforzar las agendas con enfoque local, mientras que los testimonios evidencian vulnerabilidad frente a poderes políticos y armados, así como la falta de formación y recursos para sostener proyectos informativos en condiciones adversas.

LAS OTRAS BRECHAS: TECNOLOGÍA E INFRAESTRUCTURA

Las condiciones estructurales de conectividad y movilidad son determinantes para el ejercicio del periodismo en las regiones. Según la encuesta, apenas el 11,6 % de los proyectos califica como óptima la conectividad de internet en su municipio; para la mayoría (51,2 %), la calidad es apenas regular o deficiente. El 57,9 % de los encuestados identifica la baja velocidad de subida y bajada como un “grave problema”, y el 54,9 % señala la falta de cobertura en áreas rurales. En territorios apartados, donde el internet satelital se perfila como alternativa, los costos resultan inalcanzables: “uno necesita como mínimo un plan de Starlink que siempre es costoso. Está en 450 mil pesos

mensuales”, explica Emerson Castro, de *La Marandúa* en Mitú.

La precariedad tecnológica se suma a la falta de equipos básicos en redacciones comunitarias: “Muchas veces no tenemos las herramientas suficientes, nos faltan unas grabadoras, no falta si nos toca hacer una transmisión en vivo y no la tenemos”, lamenta Víctor Franco, de Aires Cazuqueños en Soacha.

La movilidad es otro obstáculo que condiciona la cobertura informativa. Para el 48,8 % de los proyectos, las dificultades de transporte afectan significativamente su trabajo, y el 39,3 % reporta que las vías generan retrasos en la producción de noticias. En zonas apartadas, los costos son prohibitivos: “un viaje a Carurú o Taraira vale millones de pesos”, señala Nadiezda Novoa, de la emisora comunitaria *Yuruparí Estéreo* en Mitú. En el Pacífico, el acceso está marcado por la inseguridad: “en zona rural uno va a su cuenta y riesgo, pero es recomendable que no

lo haga porque no hay garantías”, advierte Luis Antonio Klinger, de *Telemar* en Buenaventura.

El periodismo local en Colombia no solo enfrenta amenazas visibles: también resiste desde la precariedad, la fragmentación y el olvido institucional. Este informe revela que, más allá de la ausencia de medios, lo que está en juego son las condiciones que permiten —o impiden— que las comunidades accedan a información confiable, diversa y crítica. En medio de la violencia, la censura económica y las brechas tecnológicas, emergen iniciativas que reinventan el oficio desde lo comunitario, lo digital y lo colaborativo.

Reconocer y fortalecer estos esfuerzos no es solo una tarea del gremio: es una responsabilidad democrática. Allí donde el periodismo local se sostiene florecen también la participación ciudadana, la defensa de la memoria y la posibilidad de transformar los territorios. En un país atravesado por el conflicto, la desigualdad y la desconfianza institucional, apoyar el periodismo local equivale a abrir caminos de cohesión social y de futuro. ➤

El mapa en cifras del periodismo local

Por: Esteban Sánchez y José Cubillos

Las y los periodistas locales enfrentan todo tipo de obstáculos para ejercer su trabajo: desde la inseguridad y las amenazas hasta las presiones políticas, la fragilidad económica de los medios y las dificultades de conectividad y movilidad. A través de las encuestas hechas a 164 proyectos periodísticos y los testimonios de 117 periodistas, en 34 municipios, esta edición de Páginas muestra cómo estas condiciones estructurales marcan tanto las posibilidades como las limitaciones de hacer periodismo en Colombia hoy.

EL ECOSISTEMA EN DATOS

SEGURIDAD

En el último año, los medios y proyectos encuestados reportaron las siguientes agresiones:

- 34 % Amenazas
- 34 % Estigmatizaciones
- 30 % Obstrucción a la labor informativa
- 23 % Ciberataques
- 9 % Acoso judicial
- 6 % Agresiones físicas
- 6 % Daños a la infraestructura
- 6 % Vigilancia (seguimientos e interceptaciones)
- 4 % Desplazamiento forzado

CONDICIONES ECONÓMICAS

El 75 % considera que no son suficientes sus ingresos para cubrir los gastos de operación.

CONDICIONES LABORALES

En el 80 % no existen contratos laborales a término fijo ni indefinido.

PRESENCIA EN PLATAFORMA DIGITALES

- | | |
|---------------|-------------|
| 96% Facebook | 49% YouTube |
| 72% Whatsapp | 41% Twitter |
| 68% Instagram | 41% TikTok |

CONECTIVIDAD

El 65 % manifestó que sin conexión a internet no podrían operar sus proyectos y medios.



COLLAGE: Laura Merchán

CIFRAS POR REGIONES

Sabanalarga, Atlántico; Carmen de Bolívar, Bolívar; Ciénaga de Oro, Córdoba; Maicao, La Guajira; Plato, Magdalena; San Marcos, Sucre; La Paz, César; y San Andrés y Providencia.

REGIÓN Caribe

- La dependencia de la financiación a través de la publicidad oficial limita el ejercicio periodístico: el 29 % de encuestados manifestaron que dejaron de publicar información por temor a perder este tipo de ingresos. Además, el 35 % percibe que existe una alta interferencia de los actores políticos en el desarrollo de medios y proyectos periodísticos.

Las administraciones locales y departamentales a menudo utilizan los recursos de pauta como un mecanismo de presión. Para la periodista Katlin Navarro “pautar significa callarse y no decir nada malo del alcalde o de los concejales.” Otros periodistas, como Junior Guerra en La Paz, Cesar, prefieren mantenerse independientes y no pautar con alcaldías u hospitales porque la condición es que “no puedes hablar mal, entonces todo es color de rosa”.

REGIÓN Pacífico

- Las iniciativas comunitarias ocupan un lugar central en la producción de información local: el 60 % de los medios y proyectos encuestados tienen vocación comunitaria o alternativa.

En Tumaco y Buenaventura se abrieron dos emisoras de paz a cargo de RTVC. Para Leonard Rentería, líder de la emisora en Buenaventura, “el centro debe ser la gente. En los programas siempre estamos conversando con organizaciones, con jóvenes y proponemos todo para visibilizar el territorio.”

- Las agremiaciones de periodistas locales sirven como un mecanismo de autoprotección: en Buenaventura se conformó la Asociación de Periodistas y Productores de Buenaventura (APPBUN); en Tumaco, el Colegio de Periodistas de Tumaco.

“La importancia de agremiarse es porque nos hace más fuertes. Yo siempre le digo a la gente que se notará la fuerza de la agremiación cuando la amenacen”, dice el periodista Eric Aldemar, de la emisora *La Isla Buenaventura*.

El 45 % de los medios y proyectos encuestados, a pesar de no recibir amenazas directas de grupos armados, dejó de publicar información por razones de seguridad.

Tumaco, Nariño; Condoto, Chocó; y Buenaventura, Valle del Cauca.



Leticia, Amazonas; Mitú, Vaupés; Puerto Asís, Putumayo; San Vicente del Caguán, Caquetá; San José del Guaviare, Guaviare, e Inírida, Guainía.

REGIÓN Amazónica

- El ecosistema mediático en la Amazonía se desarrolla entre la radio y las nuevas plataformas digitales: el 77 % de los encuestados tiene presencia en redes sociales, principalmente en Facebook y WhatsApp. Sin embargo, el 73 % considera que la falta de cobertura a internet es un grave problema en sus municipios.

“Aunque la gente ha migrado mucho a redes, todavía escucha radio. En las zonas rurales es clave la radio, es una compañía que no pierde vigencia y no pierde costumbre. Ahora mucha gente escucha radio a través de sus celulares”, dice Laura Alvarado, de *Marandúa Stereo* en San José del Guaviare.

- La presencia de grupos armados ilegales y de crimen organizado binacional es un riesgo para el periodismo en la Amazonía: el 23 % de medios y proyectos encuestados recibieron amenazas para dejar de publicar información. Mientras que el 38 %, aunque no recibió amenazas directas, dejó de publicar información por razones de seguridad.

- Aunque la Amazonía es pluriétnica y multicultural, hay una baja representación mediática de las comunidades indígenas: solo el 11 % de los proyectos y medios encuestados tiene vocación étnica e indígena.

Para Estefanía Ciro, del centro de pensamiento A la Orilla del Río, el cubrimiento que se hace de la región amazónica y, especialmente, de los asuntos indígenas es exotizante: “la lógica de la construcción de información se convierte en cómo hacemos un medio para hablar de lo que la gente en Bogotá quiere escuchar”.

- Periodistas se enfrentan a diferentes tipos de violencia: en el último año, el 41 % de los medios y proyectos encuestados reportó amenazas; el 38 %, obstrucciones al trabajo periodístico; y el 32 %, estigmatizaciones. La presencia de grupos armados ilegales como el Clan del Golfo (AGC o EGC), las Autodefensas Conquistadoras de la Sierra Nevada o el ELN obliga a las y los periodistas a autocensurarse en el cubrimiento de temas como corrupción y orden público.



Apartadó y Cauca, Antioquia; Soacha, Cundinamarca; Duitama, Boyacá; La Dorada, Caldas; Santander de Quilichao, Cauca; La Plata, Huila; Ocaña, Norte de Santander; Calarcá y Quindío; Santa Rosa de Cabal, Risaralda; Barrancabermeja, Santander; Chaparral, Tolima; y Tuluá, Valle del Cauca.



COLLAGE: Mónica Leguizamón



Saravena, Arauca; Yopal, Casanare; Granada, Meta; y Puerto Carreño, Vichada.

REGIÓN Orinoquía

- En los últimos años, la región ha sufrido una transformación dirigida hacia la digitalización mediática: el 90 % de medios y proyectos encuestados tiene presencia en plataformas digitales.

Sin embargo, para algunos periodistas la digitalización les ha llevado a cuestionarse sobre su labor. “Si te das cuenta, hay más de 100 periodistas en Casanare, de los cuales no hay más de veinte profesionales. Entonces, se cree periodista todo aquel que pueda comprar un celular con buena resolución, un micrófono y un trípode”, agrega Milena Gaviria del medio *Suversión.com.co* en Yopal.

REGIÓN Andina

- En esta región coexisten una diversidad de medios y formatos periodísticos: el 50 % de los encuestados combina la operación en radio, televisión y prensa escrita con la presencia en plataformas digitales. Aunque su presencia es baja, se destaca que la prensa escrita representa el 12 % de los proyectos en esta región.

- La presencia de actores armados ilegales y la violencia de bandas criminales conduce a la autocensura: periodistas en esta región se ven amenazados por disidencias de las FARC (Estado Mayor Central y la Segunda Marquetalia), el Clan del Golfo (AGC o EGC), el ELN y otros grupos de impacto local dedicados al microtráfico y la extorsión.

En Tuluá, Soacha, Barrancabermeja y Santander de Quilichao hay barrios y sectores urbanos donde las y los periodistas prefieren no movilizarse por seguridad. Rosberg Perilla, periodista de *Enlace TV* en Barrancabermeja, lo explica “hay sitios en el municipio donde difícilmente entra la fuerza pública, lugares donde hay presencia de bandas criminales dedicadas al microtráfico. Entonces esos son sitios que uno evita frecuentar para minimizar riesgos.”

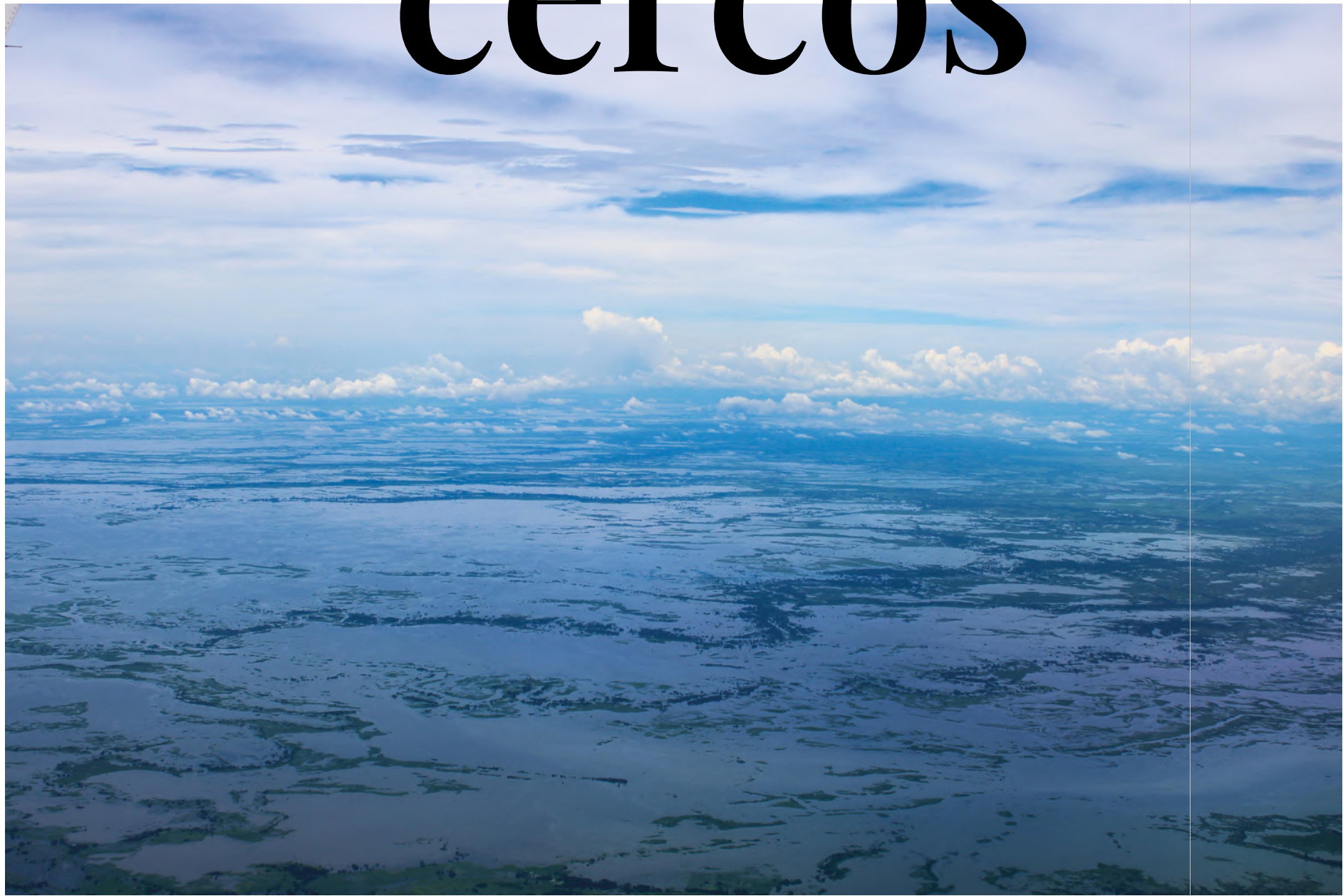
- Aunque la pauta oficial es crucial para su sostenimiento, los medios de esta región logran mantener algún nivel de independencia: el 59 % de los proyectos que recibieron recursos de publicidad oficial manifestaron que su ejercicio periodístico no estaba condicionado por presiones políticas.

- Las disidencias de las FARC (Estado Mayor Central), el ELN y, en algunas zonas, el Clan del Golfo (AGC o EGC) restringen el periodismo local: el 50 % de medios y proyectos encuestados percibe que la seguridad es el mayor obstáculo para el ejercicio periodístico regional.

Las y los periodistas deben tomar algunas medidas de autoprotección. Así lo explica Alexander Guerrero, corresponsal de *Caracol* en Yopal: “la primera persona interesada en cuidarse soy yo. Entonces me cuido de los desplazamientos y si voy a cubrir una nota busco que la información no se filtre, que no se sepa que voy para allá. Uno vive con un delirio de persecución y en cualquier lugar se está pensando y mirando si ve algo extraño. Se vive todo el tiempo así, uno pierde su salud mental.”

Un país de ecos, un país de cercos

Texto y fotografía:
Juan Pablo Madrid-Malo



Las ciénagas que dan la bienvenida al norte del país:
un país tan inmenso como diverso, donde el horizonte
se funde entre agua y cielo. Acá están las historias,
los hechos y las memorias que nos contamos.

Desde las ciudades o desde las
veredas —como en esta emisora
campesina al suroccidente del país—
la radio continúa siendo compañía y
representación. El eco de sus voces y
sus músicas donde el Estado no llega.



Marmato, Caldas: en la montaña, profundas cicatrices que deja la explotación minera. Contamos un país lleno de complejidades, de inmensas cargas e inmensos riesgos. Nos precede y nos alimenta la memoria de quienes han entregado —y siguen entregando— todo en este oficio.



— FOTOS: Archivo familiar de Efraín Varela



Radio Caribabare en Saravena, Arauca. En 1984 su sede fue destruida por acción del ELN: una bomba dejó la emisora en silencio. Años después, en 2002, su fundador y entonces director de *Meridiano 70*, Efraín Varela, fue asesinado en medio de la arremetida paramilitar. Ocho meses más tarde, su compañero de cabina, Luis Eduardo Alfonso, también fue asesinado. Aquellos hechos causaron el desplazamiento de 16 periodistas de Arauca en 2003.



Hoy los tiempos son otros, pero las amenazas persisten. En gran parte del país, el periodismo local se encuentra constantemente con la autocensura y el silencio.



— Oficina de la emisora comunitaria *Contacto Estéreo* en Cajibío, Cauca.

A pesar de todo, los medios locales en sus diversas manifestaciones (los colectivos, las iniciativas de comunicación o como les quieran llamar) son espacios en donde se relatan las culturas del país. Desde el registro cotidiano hasta el cubrimiento más profundo, desde la transmisión noticiosa hasta las parrillas musicales, desde el diálogo constructivo hasta las discusiones odiosas. Sin ignorar los grandes y necesarios debates sobre calidad, intereses, silencios, financiación, precarización, riesgos y el largo etcétera que procede sobre esta labor, hay espacio para la fiesta, hay espacio para lo común.

Como dice la canción:
*Si a usted no le gusta bailar
si a usted no le gusta gozar
si a usted no le gusta bailar
no es mi problema
es su problema*



Mural en honor a Alberto Suaza Lomeling, 'La voz soñada', en San Vicente del Caguán, Caquetá; y escudo en honor al periodista José Alberto Tejada, periodista de Canal 2, en el Monumento a la Resistencia, en Cali. Ambos, símbolos de comunicación y cercanía con las agendas populares.

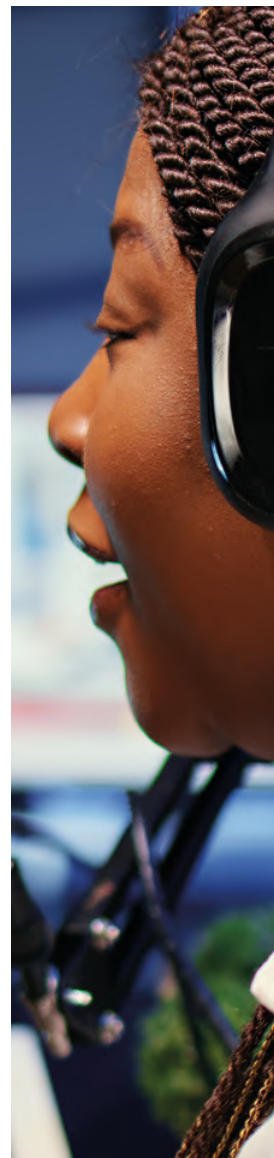


La comunicación local resiste en Colombia a pesar de las dificultades. En formatos y escenarios tan diversos y complejos como el país, la ciudad, el municipio, el corregimiento, el resguardo, el consejo comunitario, la vereda, el barrio o la escuela a la que informan y entretienen. En medio de las crisis que navega el oficio, su protección y fortalecimiento son fundamentales para garantizar los derechos y la democracia. 🦋

La silenciosa *crisis* del periodismo local en Latinoamérica

Por: César A. Paredes P.

En América Latina, el periodismo local vive una crisis: medios que cierran más rápido de lo que nacen, proyectos sostenidos por una sola persona, redacciones expuestas a violencia y censura y modelos de financiamiento que limitan la independencia editorial. El informe *Desiertos de noticias locales* de la Fundación Gabo traza un mapa de esa fragilidad y muestra cómo la falta de noticias amenaza la vida democrática en los territorios.



En la región hay extensiones donde el acceso a información local de calidad es un privilegio y no un derecho. Más del 65 % del territorio en cuatro países —Argentina, Chile, México y Perú— presenta desiertos o semidesiertos informativos: áreas donde el periodismo local no logra consolidarse o funciona en condiciones precarias. Ese fue el resultado de la investigación *Desiertos de noticias locales en América Latina 2024-2025*, dirigida por la periodista Karen de la Hoz, una radiografía inédita sobre las condiciones del periodismo en cinco países.

El estudio, realizado en alianza con organizaciones expertas —FOPEA en Argentina, el Centro de Investigación y Proyectos Periodísticos de la Universidad Diego Portales en Chile, Quinto Elemento Lab en México, la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas en Perú y la Fundación para la Libertad de Prensa en Colombia—, encuestó 6.133 proyectos periodísticos con la participación de 118 investigadores. La metodología, inspirada en un modelo diseñado por FOPEA, combinó investigación documental, encuestas, análisis contextual y validación de los equipos de investigación regional.

El resultado, que se puede consultar [país por país en un mapa interactivo](https://desiertosdenoticiaslocales.fundaciongabo.org/#)¹, revela patrones preocupantes para la libertad de expresión y la democracia.

En Argentina, el diagnóstico muestra que el 71,8 % del territorio es un desierto o semidesierto informativo. Aunque se identificaron 3.048 medios, la distribución es desigual y deja vastas zonas sin cobertura. Se perdieron más bosques informativos de los que se ganaron, con un saldo negativo: casi 400 medios cerrados frente a 204 nacidos.

En Chile, los investigadores documentaron el 90 % del territorio. Allí, desiertos y semidesiertos suman el 74 %. Aunque hay cierta diversificación financiera, el respaldo directo de la audiencia es casi inexistente: menos de 50 medios —de 803 encuestados— se sostienen por suscripciones o membresías. Chile presenta la mayor proporción de contratos indefinidos (26 %), pero también la menor participación femenina en redacciones locales (34 %).

En México, la investigación cubrió el 14,2 % del territorio y mostró cómo los modelos de financiamiento condicionan la autonomía editorial. El 70 % de ese territorio se clasifica como desierto y semidesierto. El 34 % de los medios declara que la mitad o más de sus ingresos proviene del Estado, y otro 38 % prefiere no responder. Como consecuencia, la vigilancia del poder es la temática menos cubierta. A estas condiciones se suman las constantes amenazas a la prensa.

En Colombia, la investigación usó una metodología distinta y no es comparable en porcentajes nacionales, pero las conclusiones son similares: un periodismo acosado por censura, autocensura y presiones de actores armados².

Pese a las particularidades de cada país, el proyecto revela tendencias comunes: financiamiento frágil, condiciones laborales precarias, concentración de medios, falta de diversidad en las redacciones, censura o autocensura y enormes brechas digitales. Además, persisten brechas de género y diversidad: solo México casi alcanza la paridad (45 %), mientras que la presencia de periodistas indígenas o afrodescendientes no supera el 11 %. En conjunto, estos factores configuran un terreno adverso para el ejercicio pleno del periodismo local.

La importancia de este diagnóstico trasciende lo especializado. Es un insuño clave para repensar políticas públicas, modelos de sostenibilidad y alianzas que fortalezcan el derecho a la información en América Latina. Como subraya la Fundación Gabo, visibilizar estos vacíos es el primer paso para “sembrar bosques informativos” allí donde hoy solo hay desiertos. El desafío ahora es colectivo: garantizar que ninguna región quede sin las noticias que necesita para decidir sobre su futuro. ❖

‘Reforestar’ los desiertos de noticias locales



Por: Miguel Montes Camacho, director de Programas de la Fundación Gabo.
FOTO: Cortesía Miguel Montes.

Los números son claros: más del 65 % del territorio en Argentina, Chile, Colombia, México y Perú está cubierto por desiertos o semidesiertos informativos. Pero limitarse a ese dato sería insuficiente. Lo relevante es entender qué significa en la práctica: comunidades que no tienen acceso a información confiable, medios y periodistas atrapados en la precariedad y sociedades donde la democracia se resiente porque no hay quien observe al poder ni quien contribuya a enriquecer relatos compartidos de la vida pública.

Comprender los ecosistemas de noticias locales es más que contar cuántos medios existen en un territorio. Es reconocer cómo se relacionan con su entorno político, económico y social. El estudio ‘[Desiertos de noticias locales](#)’, liderado por la [Fundación Gabo](#), muestra que incluso donde hay medios, muchos operan con modelos de negocio frágiles, dependen en exceso de la pauta oficial o sobreviven gracias al trabajo voluntario. En esos contextos, la pregunta no es solo si hay periodistas, sino si existen condiciones reales para que puedan ejercer con independencia y estabilidad.

La importancia de esta mirada está en que permite ver no solo la magnitud de los vacíos, sino también sus raíces. Cuando un medio depende de contratos inestables, de la pauta de gobiernos locales o cuando cubrir un tema sensible supone un riesgo vital, no estamos simplemente ante un problema del

oficio, sino de derechos. La calidad de la información en lo local determina, en gran medida, la capacidad de la ciudadanía para participar, reclamar y decidir.

De allí surge la idea de reforestar los desiertos de noticias locales: no basta con crear más medios, hay que generar condiciones para que sean sostenibles, diversos y libres. El estudio propone caminos concretos: fondos para financiar historias sin injerencias, laboratorios territoriales para probar soluciones en comunidades áridas, mentorías que fortalezcan la calidad editorial, rutas de protección adaptadas a cada contexto y formación práctica para cubrir al poder local. La radio, todavía central en zonas de baja conectividad, recuerda además que no todo pasa por lo digital: también se trata de reforzar canales que mantienen vivos los vínculos con las comunidades.

Un aspecto fundamental es que este estudio fue posible gracias a un esfuerzo colaborativo. Bajo la coordinación de la Fundación Gabo, participaron 118 investigadores y cinco organizaciones con profundo conocimiento de sus países: Foro de Periodismo Argentino (FOPEA), Centro de Investigación y Proyectos Periodísticos de la Universidad Diego Portales (CIP-UDP) en Chile, Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP) en Colombia, Quinto Elemento Lab en México y Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Esta red no solo recogió datos inéditos, sino que también señala una ruta: ante un problema regional con patrones similares, la respuesta debe ser colectiva.

Superar los vacíos informativos es una tarea democrática. Y no se trata solo de fortalecer medios, sino también de estimular a los periodistas que, con recursos mínimos y muchas veces en soledad, hacen posible que sus comunidades tengan acceso a información relevante. Allí donde se reforestan las noticias locales, pueden crecer la confianza, la rendición de cuentas y la deliberación ciudadana. Reconocer al periodismo como bien público implica protegerlo colectivamente, porque su solidez contribuye al ejercicio de los derechos, a la garantía de las libertades y a que nuestras democracias respiren un aire más limpio y libre. ❖

1. <https://desiertosdenoticiaslocales.fundaciongabo.org/#>
2. Estos hallazgos se abordan en el artículo principal de esta edición, en la página 6.



Por: Juan Diego Cárdenas.
Ilustraciones: Julián Solano - @manch_ao

Periodismo *local* a cinco voces

En Colombia, ejercer el periodismo con enfoque local es una apuesta tan desafiante como necesaria. Entre censura, autocensura y precariedad, cinco periodistas de distintas regiones cuentan cómo, a pesar de todo, siguen informando a sus comunidades y defendiendo la libertad de expresión en territorios donde el silencio es muchas veces la opción más segura.

A lo largo y ancho del país, la comunicación local vive una paradoja. A pesar del enérgico brote de iniciativas digitales que se contraponen a las formas tradicionales de hacer periodismo, persiste la falta de información local de calidad, así como de garantías de seguridad y sostenibilidad para cubrir el acontecer local con rigor e innovación. A esto se suman dinámicas nacionales que agravan la situación del oficio en el nivel regional: la atomización de la violencia, armada que promueve la censura y la autocensura; la escasez de recursos económicos, que limita el cubrimiento riguroso y de calidad; y la precarización laboral, que debilita la independencia de los medios, entre otros factores.

Sin embargo, en cada una de las regiones, proyectos e iniciativas periodísticas continúan adaptándose a este entorno hostil. Las particularidades de cada territorio no solo dejan ver los obstáculos y dificultades que ponen a prueba la labor informativa regional, sino también las estrategias, enfoques y perspectivas que mantienen viva la información local y encendidas las conversaciones de interés público. Para dar cuenta de ello, entrevistamos a cinco periodistas de cinco regiones de Colombia.

En estas páginas, hemos conversado con cada uno de ellos sobre cómo el periodismo local se adapta a las tendencias nacionales y territoriales, además de analizar cómo las agendas comunitarias se han convertido en la mayor apuesta de las y los comunicadores en varias zonas del país.



MEDIOS A LA SOMBRA DEL PODER

Ethel Bent

LA MALA HIERBA - San Andrés Isla

En el corazón del mar Caribe, el Archipiélago de San Andrés resiste al viento, la marea y el sol inclemente. Dada su ubicación e historia, esta perla olvidada de islas y cayos contiene una mezcla étnica única, compuesta por descendientes de esclavos africanos y colonos europeos, que además cuenta con su propio idioma: el creole. Esta conjunción, entre muchos otros aspectos de la vida en el Archipiélago, también ha marcado la existencia de un ecosistema mediático diverso que resalta por su abundancia: solo en San Andrés Isla, la FLIP ha contabilizado al menos 52 iniciativas, medios y proyectos periodísticos.

Sin embargo, esta riqueza informativa no puede asociarse tan fácilmente a la estabilidad de este ecosistema mediático. Para Ethel Bent, periodista local y directora del medio digital *La Mala Hierba*, tal diversidad podría responder más bien a un reflejo de la política local, que ha encontrado en los medios de comunicación una oportunidad de movilizar capital financiero y cultural. “Ese número se debe generalmente a esa alianza que hay de los medios y de los periodistas con la institucionalidad principalmente, porque de otra forma aquí no paga el periodismo”, dijo Bent.

Según la periodista, la mayoría de estos medios y periodistas aparecen y desaparecen constantemente debido a su “inclinación institucional”. La referencia se debe a la contratación proveniente de la Gobernación, que vincula a periodistas locales para ejecutar presupuestos de pauta oficial. Como la FLIP lo ha señalado sistemáticamente, esta práctica constriñe la libertad editorial y obstaculiza la circulación de información imparcial y objetiva.

En 2020, la FLIP [encontró](#) que la Gobernación de San Andrés celebró 81 % de los procesos de pauta oficial a través de la modalidad de contratación directa, es decir, “a dedo” o sin concurso público. Así mismo, denunció que esta Gobernación es una de las más opacas del país, pues presentó un porcentaje de respuesta del 0 % a las solicitudes de información realizadas vía derecho de petición.

“Cuando el gobierno les está pagando, y el gobierno les paga casi a todos, entonces ya no pueden hablar, se tienen que callar”, añadió Bent.

HASTA DONDE EL MIEDO DEJA

Yazmín Cogollo

ASOCIACIÓN DE COMUNICADORES
Y PERIODISTAS DE URABÁ

Apartadó, Antioquia

En la base de la serranía de Abibe, en el noroccidente de Colombia, se encuentra Apartadó. Anclada a la subregión de Urabá —trágicamente famosa por albergar la mayoría de la producción bananera de Colombia y una larga tradición de presencia de grupos armados—, este municipio ha encontrado en el modelo asociativo la oportunidad de entender el periodismo de forma comunitaria en un gremio resquebrajado. También ha demostrado por qué este tipo de modelos promueven el cuidado en una profesión que se hace más peligrosa cada día.

A la cabeza de esta iniciativa está la Asociación de Comunicadores y Periodistas de Urabá (Acopur) y su directora, Yazmín Cogollo. La Asociación nació hace 12 años en medio de obstáculos para establecer relaciones cordiales entre la prensa y las instituciones locales, una condición que todavía hoy se mantiene ocasionalmente. Según Cogollo, las barreras para cubrir la agenda judicial y acceder a información de primera mano caracterizaban la labor periodística en Urabá.

“Tradicionalmente, el periodista regional era el último en enterarse de noticias importantes. Acopur ha servido como intermediario para mejorar las relaciones con instituciones como la Policía, el Ejército y la Defensoría del Pueblo, asegurando que se entregue también la información al periodista regional —dice la periodista—. Es importante porque unidos nos escuchan más fácil”.

A la difícil relación con las instituciones se sumaba el convulso clima de violencia de la región, que dejaba a las y los periodistas en medio de la confrontación armada. Según Cogollo, la Asociación también se convirtió en un espacio de cuidado colectivo para un gremio que, fuera de este modelo, se sentía desprotegido.



“En Urabá tenemos una gran fortaleza que es que cuando uno de los colegas está en una dificultad, todos salimos a arroparlo, independientemente si está o no está en la asociación”, dice. Pero incluso en este contexto de solidaridad la censura y la autocensura tienen su parte y restringen procesos comunicacionales en esta región.

“No somos periodistas de guerra, somos periodistas de una región en conflicto donde todavía no hay libertad de prensa, donde tenemos que callar ciertas cosas. Entonces, hacemos hasta donde podemos. Hacemos hasta donde el miedo nos deja”, concluye Cogollo.

LA MANO CAMBIADA O EL PERIODISMO DESDE LA TRADICIÓN

Beto Murillo

PLAY TUMACO
Tumaco, Nariño



El concepto de la “mano cambiada” es bien conocido en el Pacífico nariñense. Aunque en otras regiones adopta el nombre de “trueque”, en esta región del país, según cuenta Beto Murillo, director del medio digital *Play Tumaco*, es una forma de construir vida en comunidad. “La mano cambiada es como cuando el dueño de una casa convoca gente para su construcción. No hay pago ese día, pero se aporta comida y un techo. El pago real se da cuando la otra persona necesite hacer su casa. Como este me ayudó a hacer la mía, yo le ayudo a hacer su casa”.

Según ‘Beto’, como le gusta que le llamen, la mano cambiada también constituye un pilar fundamental en su manera de hacer periodismo en Tumaco. Esto quiere decir, esencialmente, dos cosas: la primera, que el periodismo que impulsa en esta región del Pacífico tiene un fuerte componente comunitario a partir del esfuerzo

colectivo de las propias comunidades por visibilizar agendas locales; la segunda, esa construcción se convierte en una herramienta para contrarrestar las narrativas nacionales que suelen reducir su territorio a un tema de seguridad.

“Cuando se habla de territorios como el nuestro, como el del Pacífico, también hay un encasillamiento, ¿no? Es el territorio violento, es el territorio empobrecido o pobre, sin dar un contexto más allá de eso”, dice Murillo.

Para Beto, la forma de hacer periodismo está atravesada por el territorio, por la historia y por la comunidad. “Nuestra agenda no es la de los Santo Domingo, de los Ardila Lülle, de Sarmiento Angulo. No. Es la agenda de la comunidad de Chimbuzal, de la comunidad de La Tola, El Charco, La Herrera. O sea, se trata de pensar ¿qué es lo que queremos mostrar nosotros como comunidad?”, añade.

Asimismo, Murillo subraya la importancia de un periodismo con enfoque étnico, especialmente afrocentrado, que reconozca y amplifique las voces de las autoridades étnicas. Esto requiere incluir las perspectivas de los consejos comunitarios y las autoridades tradicionales tanto en el cubrimiento de los problemas como de las soluciones. Temas como la seguridad alimentaria o las inconformidades frente a proyectos de infraestructura que amenazan los modos de vida de las comunidades afro son ejemplos clave de este enfoque.

DE LA SELVA BROTA RESILIENCIA

Julián Andrade

CONEXIÓN PUTUMAYO
Puerto Asís, Putumayo

Entre la manigua fronteriza con Ecuador, atravesada por el torrencial río Putumayo, se extiende la región del Bajo Putumayo. En su corazón está localizado Puerto Asís. En este municipio de apenas 73.000 habitantes, la necesidad de informar es abrumadora y los medios locales operan bajo condiciones muy limitadas. Uno de ellos está liderado por Julián Andrade, un periodista del Alto Putumayo, que lleva más de una década informando en esta región y se siente completamente en casa. Su vínculo con la comunidad le ha permitido convertirse en una voz reconocida y vital en la construcción de una cobertura más cercana y pertinente.

Para Julián, uno de los mayores retos para informar en esta región tiene que ver con la dispersión demográfica y la espesa topografía de la selva. La Amazonía es un territorio vasto y disperso, con poblaciones asentadas en lugares muy alejados y cuyos eventos noticiosos ocurren en áreas de muy difícil acceso, alcanzables solo por costosos transportes fluviales. “Los obstáculos son las condiciones de distancias en Putumayo. Esta zona de frontera es muy dispersa, cuando ocurren los eventos y los hechos noticiosos, ocurren en áreas muy dispersas y ese es un limitante”, dice Andrade. A esto se suman problemas de conectividad que también entorpecen el flujo de comunicación.

Pero los retos no terminan allí. La presencia de grupos armados ilegales, como los denominados Comandos



de Frontera y el Estado Mayor Central (EMC), restringe gravemente la labor periodística. Según Andrade, la consecuencia más inmediata es la autocensura: los periodistas deben limitar lo que cuentan, no solo para proteger su propia vida sino la de sus fuentes. A esta presión se suma la naturaleza fronteriza del municipio, que atomiza la presencia de actores armados y dificulta a las y los periodistas identificar cómo operan estas organizaciones.

Frente a esta situación, Andrade y otros periodistas han desarrollado estrategias de protección tanto para ellos mismos como para la información que producen. Una de estas tácticas ha sido la construcción de cadenas de corresponsalía anónimas a través de servicios de mensajería instantánea como WhatsApp. Allí la mayoría de sus fuentes son anónimas y manejan un lenguaje muy neutral que, según Andrade, a veces “deben desencriptar”. Así mismo, el acompañamiento de la Red Departamental de Derechos Humanos y comisiones humanitarias les ha permitido seguir reportando desde las regiones más alejadas de Puerto Asís.

Para Andrade, la resiliencia es la esencia del periodismo del Bajo Putumayo. Sin esa vocación, admite, habría abandonado el oficio hace mucho. “Se trata de la pasión por el oficio, por la profesión y ese interés de poder visibilizar no solamente las cosas no tan buenas que pasan, sino también las cosas buenas que tienen lugar —cuéntalo—. Esto no es por la plata. Esto lo hacemos por el cariño de sacar adelante este territorio”.

LA PERTINANCIA DE LA RADIO

Jorge Ospina

LA VOZ DE YOPAL
Yopal, Casanare

Después de 51 años, la emisora *La Voz de Yopal* aún se mantiene al aire en un escenario marcado por el *boom* de los proyectos de comunicación digital. Su permanencia, lejos de ser sencilla, ha requerido reinventarse constantemente. Como admite Jorge Ospina, uno de sus actuales voceros, la clave de su supervivencia ha estado en gran medida en la capacidad de adaptarse al entorno virtual.

Y es que en Yopal esta tendencia es la regla. De las cerca de 53 iniciativas, proyectos y medios identificados por la FLIP en la capital de Casanare, 40 corresponden a

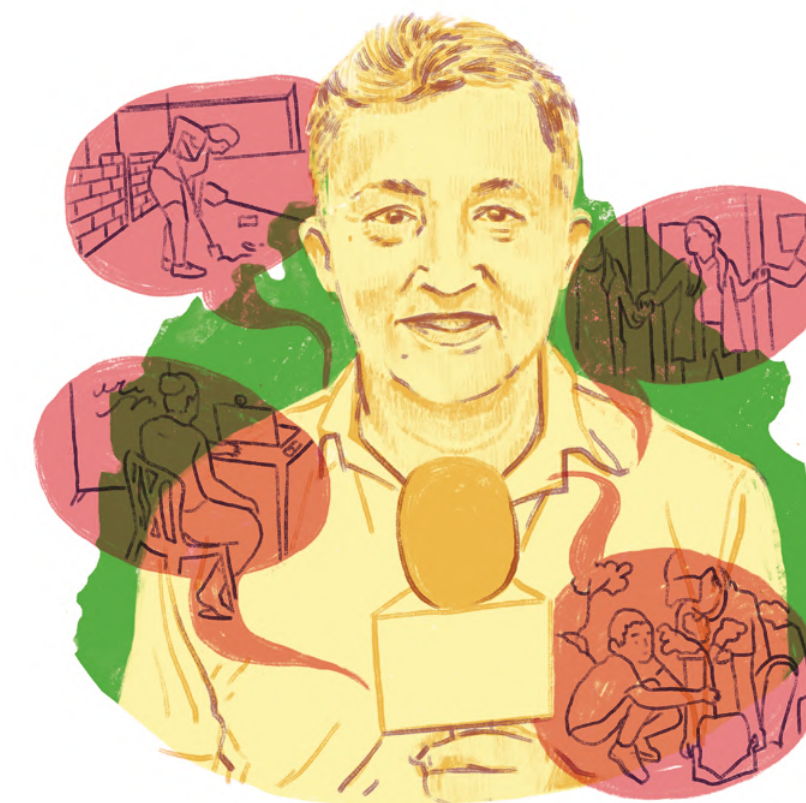
propuestas digitales. Las razones son múltiples, pero sobresalen dos: la falta de financiamiento para sostener modelos tradicionales y la emergencia de proyectos virtuales como respuesta a la imposibilidad de mantenerlos a flote.

Pese a ello, periodistas como Ospina se niegan a dejar pasar la página de la radio. Para él se trata de una nueva “radio con imagen”. Periodistas radiales, que antes se valían de sus capacidades de reportería y manejo en la cabina de grabación, ahora deben también entrenarse en el uso de celulares y cámaras para documentar su trabajo en campo, que luego difunden en las redes sociales de la emisora, además de la señal tradicional.

Esta transformación no solo se debe a la popularidad de las redes, sino también a los cambios en la forma en que se comercializa la pauta publicitaria. “A un cliente que tiene un restaurante le encanta que se muestre la imagen de la hamburguesa, que se muestre la parrilla, que se muestre el plato de comida. Entonces consideran que el sentido de la vista es muy importante a la hora de conquistar ese público”, explica Jorge.

No se trata solamente de una estrategia comercial que busca atraer más anunciantes. Para él, se trata de mantener la credibilidad de la radio. Según Ospina, los fenómenos de la comunicación local todavía siguen incrustados en las audiencias de mayor edad, y su misión es transmitir ese mismo valor a las generaciones más jóvenes. “Si una noticia aparece en redes sociales pero no en la radio local, la gente la cuestiona. Dicen: ‘Oiga, no la dieron por *La Voz de Yopal*, ni por *Caracol*, ni por *Manantial* ¿será que la noticia es mentira?’”, comenta Ospina. Su observación señala cómo este fenómeno cobra más relevancia frente a la proliferación de desinformación en entornos digitales.

Al mismo tiempo Ospina señala que, a pesar de sus ventajas, el brote de iniciativas digitales ha traído consigo una fragmentación del gremio. Muchos periodistas han optado por la independencia, creando sus medios virtuales, pero la duda persiste: ¿la torta de la publicidad comercial y oficial alcanzará para todos? “Hacia el futuro, la cosa va a estar complicada. Yo creo que esta fragmentación proviene de una falta de herramientas y experiencia que nos permitan volver hacia la vocación del periodismo, que es servir a la verdad”, concluye. ➤



Las voces de Buenaventura:

PERIODISMO PARA TENDER PUENTES

Por: Ángela María Agudelo Urrego | Ilustraciones: Zumbambico - @zumbambico

Cansados de cubrir solo la violencia, un grupo de periodistas creó una asociación para cambiar la narrativa del puerto.

En medio de las dificultades y la desconfianza, lograron reunir una comunidad informativa que se escucha y se protege.

A pesar de que Buenaventura es un puerto reconocido, está conformado por varias islas. No solo por su geografía, sino porque, durante años, las y los periodistas locales vivieron dispersos, contando la ciudad desde su orilla. Esa es la imagen que Luis Antonio Klinger suele evocar cuando habla del oficio actual en el puerto: voces desperdigadas tratando de aproximarse a una misma realidad.

Pero, en medio de esa dispersión, hubo quienes decidieron tender puentes, escuchar la otra orilla y mantenerse firmes en su vocación. Esa búsqueda de unión es lo que inspira hoy a Klinger, un periodista con más de tres décadas de experiencia, y a otros colegas que se propusieron no dejar que el oficio desapareciera.

Cansado de reportar solo “robos y hechos violentos”, hace un par de años Klinger impulsó junto a otros comunicadores la creación de la Asociación de Periodistas y Camarógrafos de Buenaventura (APPBUN), una iniciativa que busca reunir a periodistas, camarógrafos, locutores y editores bajo un mismo ideal: fortalecer un periodismo independiente, libre y seguro. Klinger, quien también fue uno de los fundadores de Telemar, el primer canal local del puerto, ha visto cómo la unión puede ser una herramienta para mantener viva la voz de la ciudad y hacerle frente a tantos cambios que afronta el periodismo.

Recuerda esos inicios con nostalgia y humor. A finales de los noventa, en Colombia era común ver a las personas en los techos de las casas. Trepaban hasta los tejados y hacían maniobras con las antenas de televisión. “¡Ahí o a dónde!”, gritaban desde arriba a la

espera de que la señal mejorara. Cada movimiento debía ser preciso, pues si se movían unos cuantos milímetros de más, perdían la señal. “A la izquierdaaaaa”. Y seguían las instrucciones que alguien desde abajo confirmaba: “¡Ahííí. Quieto ahí!”.

Buenaventura no era la excepción. En una ciudad dominada por la radio, aventurarse en las alturas para ver televisión era una novedad. Todo cambió con la llegada de Codisert, un operador de cable por suscripción que desplazó las antenas y llevó 26 canales nuevos junto con la reconocida “Perubólica”, tan de moda en los noventa. Había llegado la televisión sin restricciones y sin horarios. Sin embargo, había un problema: la gente en el puerto sabía qué ocurría en Bogotá o incluso en Perú, pero no lo que pasaba en su propia ciudad, a unas cuantas cuadras de sus casas o de sus lugares de trabajo.

“Primero llegó la televisión a Buenaventura y después los noticieros”, cuenta Klinger. En ese momento, el dueño de Codisert quiso tener un canal propio y lo buscó junto a otros colegas para hacerlo realidad. Ya no querían

que las y los bonaverenses solo se informaran por el *Noticiero Nacional* o el *Noticiero de las 7*, o más a cerca, pero aún lejano, *Telepacífico*. “Nos juntamos con otros locos y empezamos con esa historia”, rememora. Así, en 1992, surgió *Telemar*, el primer canal local, una ventana para ver los rincones del puerto y a su gente.

Klinger describe ese pintoresco comienzo como algo que requería mucha pasión y audacia. Informar con imágenes era un reto nuevo frente a la tradición radial. Al principio, *Telemar* se emitía los sábados por media hora y se repetía los domingos, pero pronto la cantidad de noticias justificó las emisiones diarias. “A la gente le gustaba verse en televisión, ver a los amigos, vecinos o conocidos. La gente estaba feliz e identificaba a su barrio”, evoca.

Esas sonrisas, los saludos a la mamá desde las calles o los agradecimientos después de las denuncias, les recordaban a los periodistas el porqué de su oficio. Para Melser García, periodista de *Voces del Pacífico* y de la *Emisora de Paz* de Buenaventura, quien también trabajó en *Telemar*, esa ha sido siempre





la prioridad: darle voz a la comunidad. “Me encanta hacer periodismo para la gente”, dice.

Esa ha sido la motivación común de la mayoría de periodistas locales. Sin embargo, cuando se les pregunta cómo ha sido ejercer en esta zona del Pacífico, tras la nostalgia aparece la zozobra. Las dificultades se han mantenido e incluso, han incrementado. “Hacer periodismo en Buenaventura no es fácil, ni antes ni ahora —cuenta Melser—. Siempre ha sido un tema complejo: por los cuestionamientos, porque es una ciudad que está en conflicto constante. Hay que hacerle hasta donde uno ve que puede, para evitarse complicaciones o amenazas de todo tipo”.

Por fortuna, ella aún no ha enfrentado ninguna amenaza en su contra, pero sabe de otros colegas que sí. Algunos han sido objeto de tantas intimidaciones que han preferido no firmar sus artículos o hacerse a apartarse del oficio. En una región acosada por los grupos armados ilegales, las bandas que se disputan el control territorial, las extorsiones, el narcotráfico y las presiones por la pauta oficial, ejercer el periodismo es un desafío constante.

Por eso, junto a colegas como Elver Rengifo Micolta (director de *Voces del Pacífico*), Gabriel Ferrer (gerente de Codisert) y Martín Álvarez (director de *TV Noticias*), Luis Antonio impulsó la creación de la APPBUN. La asociación busca reunir a quienes se dedican a la comunicación en la ciudad, sin discriminar profesión, para fomentar un periodismo independiente, libre, seguro y con múltiples voces.

Más allá de las letras de su siglo, la Asociación también incluye camarógrafos, editores y locutores, todos roles indispensables en la comunicación. “¿Qué nos permite esto? Que todos quepamos y aportemos, que se sigan uniendo”, dice Klinger.

Aunque comenzaron en 2023, solo este año lograron reunir los documentos requeridos para

constituirse como asociación o, como dice Klinger, para “empujar este barco”. Y como todo proyecto nuevo, enfrentó la incredulidad, pues en la ciudad ya se habían gestado ideas similares que quedaron a mitad de camino. Sin embargo, las suspicacias se han disipado con cada reseña positiva o cada actividad que APPBUN ha liderado, como los conversatorios sobre temas de interés público, como el estado del alumbrado o la seguridad ciudadana.

Otro de sus retos ha sido contrarrestar las amenazas económicas que comprometen la independencia de los medios. “No queremos que se negocie nuestra dignidad ni que nuestro trabajo se comprometa”, enfatiza Melser. En Buenaventura, donde la pauta oficial suele usarse para controlar líneas editoriales, el trabajo colectivo se ha convertido en una forma de defensa. “Visionamos una asociación que sea de impacto, incluyente y de crecimiento económico, académico e incluso comercial para sus asociados”, agrega.

Hoy, APPBUN reúne cerca de 80 integrantes y continúa creciendo, aunque algunos periodistas prefieren mantenerse al margen. “Seguimos insistiendo y estamos muy seguros de que si no se baja la guardia, si no se tira la toalla, podremos seguir trabajando. Y, en la medida en que los demás vean resultados, se unirán”, afirma.

Las islas empiezan a acercarse. Ya no hay personas en los tejados ajustando antenas para sintonizar una señal. Ahora ven *Telemar* o escuchan radio a través de la aplicación de *Voces del Pacífico*. También ‘scrollean’ en sus celulares para informarse o, quizás, para agendarse al siguiente conversatorio de APPBUN.

La escena cambió, pero el propósito sigue en pie: mantener unidas las voces, defender la independencia y sostener un oficio que, pese a todo, sigue contando la vida desde el puerto. ♦

TV San Jorge:

TELEVISIÓN COMUNITARIA EN EL CORAZÓN DEL CATATUMBO

En una región donde informar ha sido un acto de valentía, la televisión comunitaria abrió un espacio para reconocerse y narrarse. Tres décadas después, su señal sigue encendida como símbolo de autonomía y resistencia.

Por: Cristian Mora Jiménez
Ilustraciones: Zumbambico - @zumbambico

Sobre la Cordillera de los Andes, en Ábrego, Norte de Santander, se levanta el Cerro de Las Jurisdicciones, a 3.850 msnm. Allí no solo nace el río Catatumbo, históricamente ha sido punto estratégico para la instalación de antenas de comunicación que conectan la zona andina con la costa norte de Colombia. En 1969, por ejemplo, se convirtió en un lugar clave para transmitir a los hogares colombianos el alunizaje del Apolo 11, un hecho que marcó la historia de televisión en el país.

En ese contexto nació *TV San Jorge*, un proyecto comunitario que cambió la forma en que la región veía —y se veía a sí misma— en la pantalla. En 1991, siete juntas de acción comunal de Ocaña se organizaron para fundar la Asociación de Usuarios Comunitarios de la Antena Parabólica de San Jorge (ASUCAP). El sistema comenzó distribuyendo televisión por cable a unos pocos barrios, pero en 1998



dio un salto decisivo: fundó un canal comunitario con un noticiero local y el eslogan “Informar para educar”.

“Todo comenzó con el envío de una antena desde Bogotá a Ocaña, que se ubicó en el solar de una casa del barrio Ciudad Jardín”, así lo recuerda Geovanny Alfonso Torres Jácome, periodista, docente y actual presidente de ASUCAP. Geovanny nunca imaginó la magnitud que tendría un canal comunitario. El mismo que empezó en un garaje con cinco operadores y se convirtió en la empresa de telecomunicaciones más importante de la región.

La experiencia se volvió pionera en el país, no solo por la creación de contenidos propios, sino por el modelo asociativo: cada familia afiliada paga una cuota de suscripción que financia la operación. Esa fórmula, que recuerda a los sistemas de suscripción de las grandes plataformas digitales actuales, le permitió independencia editorial y estabilidad frente a la crisis económica que golpeó a la mayoría de medios locales.

El proyecto nació en el Catatumbo, una de las regiones del país más disputadas por los actores armados. A finales de los noventa y comienzos de los 2000, Ocaña y sus alrededores estaban en medio de la “avanzada paramilitar”, la presencia del ELN, EPL, las

FARC y las violaciones de derechos humanos cometidas también por la fuerza pública. Hacer comunicación era arriesgar la vida.

“No tocábamos mucho los temas de orden público y era un proyecto que apenas estaba comenzando, no queríamos ponernos en riesgo”, dice Torres. Incluso en medio de la violencia, con el tiempo comprendieron la necesidad de la comunidad de ser reflejada, “fue ese efecto de verse en una pantalla, producto del esfuerzo de un puñado de ocañeros que dijeron ‘bueno, vamos a hacer televisión’”.

El crecimiento fue constante. ASUCAP pasó de 250 usuarios en sus inicios a 18.000 afiliados en Ocaña. En el 2000 recibió licencia de la Comisión Nacional de Televisión y en la década siguiente comenzó a innovar: amplió programación, realizó transmisiones en vivo y, entre 2005 y 2012, incursionó en el servicio de internet comunitario. Esa decisión resultó crucial para enfrentar la competencia de operadores privados y el desplazamiento de la televisión por cable por las plataformas digitales.

Hoy, *TV San Jorge* cuenta con una planta de cerca de 46 trabajadores, entre empleados de base y contratistas, una cifra significativa para un medio local. Además de Ocaña, llega a municipios vecinos como Teorama y Convención, ampliando su alcance regional.

El nuevo milenio trajo una avalancha de grandes operadores de telecomunicaciones con más recursos y tecnología. Para un canal comunitario, competir era casi imposible. Pero el conocimiento del territorio y la confianza social marcaron la diferencia. “Ellos llegaron con plata y tecnología, pero no con el corazón que nosotros tenemos aquí en Ocaña”, agrega Torres.

A diferencia de muchos proyectos comunitarios que desaparecieron por falta de sostenibilidad, *TV San Jorge* logró consolidarse gracias a su modelo asociativo, la fidelidad de los usuarios y la capacidad de diversificar sus servicios.

El contexto de violencia no ha desaparecido. Según la Defensoría del Pueblo, en 2025 la disputa entre el ELN y las disidencias de las FARC en el Catatumbo desplazó a más de 62.000 personas. En ese escenario, los medios locales enfrentan enormes dificultades para informar y proteger a sus periodistas.

Treinta y cuatro años después, *TV San Jorge* sigue en pie como un proyecto que combina comunicación, sostenibilidad y organización social. Su historia muestra cómo en un país marcado por el centralismo y la violencia, una iniciativa nacida desde las juntas de acción comunal puede sostenerse en el tiempo y convertirse en referente regional.

En una región donde durante años los habitantes apenas podían ver dos canales nacionales, hoy una pantalla local muestra su propia vida. “El Catatumbo nos observa a diario —dice Torres—, pienso que la gente nos da la fuerza para seguir adelante”. Ese es quizá su mayor logro: haber permitido que la comunidad se vea a sí misma y cuente su historia. ■



Hablar con una IA puede sentirse cercano, aunque en el fondo hay decisiones invisibles: qué vemos, qué creemos y a quién escuchamos.

Por eso necesitamos la educación mediática: para mirar lo que hay detrás de la pantalla, pensar antes de creer y usar la tecnología con criterio, sin tragar entero.



La pizarra es ese espacio: un boletín quincenal que llega a tu correo con reflexiones y recursos prácticos para leer conscientemente en el mundo digital.

¡Suscríbete y haz de cada clic una oportunidad para aprender!



Se fue a volver...

Def. Expresión típica de la sierra ecuatoriana que significa que se regresará pronto, que no partió para siempre.

LANZAMOS LA PRIMERA

CONVOCA T()RIA

CONCURSO
LATINOAMERICANO
DE ENTREVISTAS
IMAGINADAS

PARA IMAGINAR ENTREVISTAS
CON PERIODISTAS AUSENTES.



En Latinoamérica,
muchos periodistas han sido
silenciados, pero sus voces resuenan
más allá de las balas. Desde el arte y
la investigación abrimos un espacio
de reencuentro.

Participa hasta el 10 de diciembre
y gana hasta 2.500 USD.

Sé un aliado, escribe a daniel.chaparro@flip.org.co

Consulta términos y condiciones

